

Tensiones entre padre e hijo

En horas de la mañana, poco después de clarear, Ernesto Novoa entró al cuarto de su hijo Roberto, quien recién despertaba al nuevo día. Al sentir los vigorosos trancos por el corredor y luego el fuerte empujón a la puerta, supuso que se trataba de su padre y que venía de mal genio. Y no estaba equivocado.

- Supe, infeliz de porquería, que ayer, en la cabaña del bajo, te atrincaste a la Margarita hasta voltearla sobre el camastro, tirándote encima de ella. ¡Cuántas veces tendré que decirte que no debes meterte con ninguna mujer que sea familiar de algún empleado del fundo! Ella es hija del mayordomo Basilio Guzmán, quien está muy molesto, dolido e indignado, porque el autor del vejamen sea mi hijo. Me lo dijo cara a cara. He sentido una vergüenza tremenda. En castigo, no te quiero ver durante el resto del año. Te vas hoy día a Talca; en alguna parte podrás acomodarte mientras transcurre la semana que falta para que entres al internado. Los fines de semana y vacaciones los pasarás donde tus tías; mis hermanas te acogerán. Pero no pienses que, con el transcurso del tiempo, me ablandaré. Conociendo a Basilio, no sería raro que te diera un balazo en las costillas sin dar la cara. Eso es todo-dijo- y se marchó cerrando de un golpe la puerta.

“Pensar que estábamos de acuerdo con Margarita, y cuando nos pilló su padre ella se hizo la víctima, pero es comprensible; si le dice la verdad, quizás como la habría golpeado. A su vez, mi padre me castiga como si hubiese cometido una falta gravísima. He sabido que en su juventud él era bastante mujeriego ..., incluso cuando mi madre aún vivía...”, se dijo Roberto, molesto y con rencor. El joven, de dieciocho años recién cumplidos se levantó, desayunó y luego echó sus

pertenencias en la maleta. Le pidió a Jacinto, un empleado múltiple, que lo fuera a dejar a caballo a la estación, pues la distancia de cinco kilómetros por camino de tierra y con altibajos, habría exigido un gran esfuerzo por el peso del equipaje.

En el trayecto, el mozo le entregó un fajo de billetes de cinco mil pesos, diciéndole: “de parte de don Ernesto”. Por lo menos, no tendré tan vacíos los bolsillos, se dijo el joven. El tren pasó puntual y a los ocho minutos ya entraba por los dominios del campo que su padre administraba, cerca de Constitución. Sacó la cabeza por la ventana para ver mejor aquel paraje; solo lo conocía por señas. Lo que vio tiene que haberlo horrorizado: una quemazón de matorrales cerca de la línea férrea que ardía con fuerzas, seguramente producida por chispas al raspar ruedas del convoy con la línea férrea en zona de curvas. De no apagar prontamente aquellas llamas, el fuego alcanzará las primeras hileras de pinos de doce años, siendo casi imposible impedir un gran incendio, sobre todo con el viento norte que estaba corriendo. Notó que la franja del cortafuego no se veía, porque la cubría un altísimo pasto seco, además de arbustos. Faltaba poco para la próxima parada. Decidió seguir las órdenes de su corazón.

Bajó al andén de Pichamán antes de que el tren se detuviera por completo y partió como un celaje a hablar con el jefe de estación (en aquella época, 1979, no existían en el país teléfonos celulares). Afortunadamente, era una detención algo más larga que la habitual, porque la locomotora a carbón debía ser recargada con agua. Le pidió al hombre vestido de gris desde la gorra, que le hiciera el siguiente favor: “comuníquese de inmediato con su colega de Forel, para que éste le avise con urgencia a mi padre, Ernesto Novoa, administrador del fundo ‘Robledal’, que hay un incipiente incendio en el lugar conocido como ‘La cueva del Ermitaño’, a

unos cincuenta metros de distancia del comienzo de las plantaciones de pino”. Con eso basta, agregó Roberto.

El jefe ferroviario se contactó de inmediato con su vecino de Forel por el sistema interno telegráfico y le transmitió el mensaje para que él enviara a alguien, con suma urgencia, a entregárselo a don Ernesto Novoa, conocido en su localidad. El avisado jefe ubicó rápidamente a un trabajador que supervisaba un cargamento de productos madereros de aquel fundo en un carro de la segunda línea, endosándole la tarea para ser cumplida de inmediato. Partió el hombre a caballo, quien lo azuzó hasta sacarle la mayor rapidez.

Antes de dos horas, doce jinetes con Novoa a la cabeza, cada uno portando un hacha - para cortar ramas verdes y golpetear con ellas la base de las llamas, a falta de agua-, llegaron al sitio del suceso y lograron imponerse a las llamas.

Ernesto Novoa era un hombre de por sí enérgico, pero amable cuando correspondía. En este caso, una vez que despachó a los jinetes a las labores habituales, acudió a hablar con el jefe de Forel. Le preguntó que cómo se había enterado de la quema, al tiempo que le dio las gracias por su positiva y rápida gestión de avisarle y muy a tiempo.

- Quien conoció primero el acontecimiento fue mi colega Flores, de Pichamán. Él me informó lo que ocurría para avisarle a usted y así y evitar un incendio de proporciones. Por eso fui insistente con un empleado suyo, que estaba despachando una mercadería. Al que tiene que darle las gracias es a mi vecino de estación- respondió. Novoa repitió sus agradecimientos; enseguida montó su caballo y al galopé se dirigió a entrevistarse con el señor Flores, a unos pocos kilómetros de distancia.

A la pregunta de cómo se impuso de aquel suceso y dándole las gracias por haber iniciado el curso de acción con tanta rapidez, el jefe le respondió:

- Un joven, hijo suyo, llamado Roberto, que venía en el tren de la mañana, había visto el inicio del fuego en el lugar llamado “El Ermitaño” o algo así. Me pidió con mucha vehemencia que me contactara con mi compañero de Forel para que viera la forma más expedita de transmitirle el recado. Con decirle que su hijo me agarró del brazo y no me soltó hasta llegar a la oficina para asegurarse de la transmisión del mensaje. Debido a eso, el tren demoró dos minutos en continuar su marcha. Pero valió la pena. No se quemó ningún pino, de lo contrario ya se sabría en todas partes.

Ernesto le dio las gracias, muy emocionado. Mientras regresaba, pensó en dos cosas por hacer impostergablemente: reprocharle al mayordomo su dejación por no mantener totalmente limpio el cortafuego, y que se dedique a ello en un plazo de doce horas, con dos ayudantes. Tendré que ser prudente por tratarse del padre de Margarita. Y la otra, retractarse del severo castigo que le impuso al hijo. Resolvió viajar a Talca en dos días más.

Cuando salió del internado un viernes a las cinco de la tarde, Roberto encontró a su padre que lo esperaba sentado en un escaño a la entrada del recinto. El padre le dio un caluroso abrazo a Roberto, quien se sintió sorprendido, respondiendo al saludo con manifiesta frialdad.

- Vamos, hijo, a la confitería Palet a servirnos unas ricas onces. Además, necesito conversar contigo.

Una vez sentados esperando el pedido, don Ernesto inició la conversación con mucha tranquilidad.

- Gracias a tu diligente iniciativa, he salvado mi trabajo, mi honor de hombre responsable, evitándole al propietario, don Gustavo Donoso, millonarias pérdidas por un incendio que habría abarcado los tres grandes bosques de pino y la siembra de trigo, dejando cesante a toda la gente que trabaja en el fundo. Yo sería responsable por la falta de un cortafuego eficiente, lo dice el contrato, y a lo mejor pudo haberme significado enfrentar un juicio..., no quiero ni pensarlo. Por eso he viajado para agradecerte y felicitarte por la forma hábil y rápida en hacerme llegar la noticia. No había otra fórmula. Por eso, lo primero que quiero hacer es anular de inmediato el castigo; puedes ir cuando quieras al campo. Te esperaré con los brazos abiertos. ¡Es tu casa!

Roberto demoró más de un minuto en responderle. Probablemente estaba ordenando sus ideas para hablar solamente lo justo y necesario.

- Yo creo que cualquier hijo, bien nacido y enseñado, habría actuado como yo. ¿O acaso crees que en venganza por el reto y castigo recibidos de tu parte yo me iba a ser el leso? Son dos cosas muy diferentes. Por lo que yo hice tú me sancionaste y seguramente Basilio Guzmán hizo otro tanto con su hija, además de acusarme. Pero no hay más perdedores que Margarita y yo. En cambio, los perdedores del desastre por un incendio total, de haberse producido, habrían sido muchos, partiendo por el dueño hasta el último peón. El desastre habría sido total. No soy tan desatinado. -

- Claro, te comprendo. Pero fui demasiado riguroso con impedirte que vuelvas a casa. Eso queda sin efecto desde ahora. ¿Cómo has estado? ¿En qué casa te estás quedando? ¿Con Laura o Ester?

- Con ninguna de las dos. Fui a saludar a la tía Amanda, hermana de mi madre; me recibió muy contenta. Es una excelente persona; ya fuimos al cementerio a llevar flores a la tumba de mi mamá. Además, tiene una hija con la cual nos avenimos y me ha presentado a algunas de sus amistades. Ahí me quedaré. Creo que al campo iré solamente en vacaciones de invierno y cuando termine el año. En poco tiempo más deberé postular a la universidad y lo haré a una de Santiago. Pienso que puedo trabajar de día y estudiar en horario vespertino. Total, ya soy mayor de edad.

- ¿Esto quiere decir que la relación con Margarita era algo pasajero? Te lo pregunto, ya que te alejarás de Forel.

- Margarita se va a cambiar de liceo. Se viene del mixto de Constitución al Liceo de Niñas de Talca, al internado; también tiene que prepararse para la universidad. Yo se lo sugerí.

- Bien, te he levantado el castigo y es lo que quería. Tú eres dueño de hacer uso de tu tiempo como estimes conveniente. Sin embargo, ten presente que yo estoy en condiciones de solventar tus gastos universitarios. Lo haría con el mayor agrado; además, es mi obligación.

- Gracias, espero que no sea necesario.